:ete de los muchachos! ¡Oh vicio aborre- que destruyes la hacienda, acabas con las as y llenas de pobreza á las familias.

Pues qué remedio? No haber licor sería el más seguro, y acaso el único, porque todo otro nos parece muy contingente. Pero nos contentarémos con menos. Hay necesidad de beber licor? Envíese por él y bébase en la casa.

No se acompañe á los bebedores en sus chorchas y borrascas, como vulgarmente se dice. No se beba jamás fuera de la comida.

Con estos tres remedios no se perderá la salud, ni la fama, ni la hacienda, ni se expondrá á perderse el alma, que es el más precioso don que el Criador nos concedió.

PUSILUS GLADIUS.

La voz del pueblo.

Aquella mal entendida máxima de que Dios se esplica en la voz del pueblo, ó de que "la voz del pueblo es la voz de Dios", (*vox populi vox Dei*)autorizó la plebe para tiranizar el buen juicio, y erigió en ella una potestad tribunicia capaz de oprimir la nobleza literaria. Este es un error de donde nacen infinitos; porque asentada la conclusión de que la multitud sea regla de la verdad, todos los desaciertos del vulgo se veneran como inspiraciones del cielo. Esta consideración mueven al autor de este trabajo á combatir ese error, haciéndose la cuenta de que vence muchos enemigos en uno sólo, ó á lo menos de que será más fácil expugnar los demás errores, quitándoles primero el patrocinio que les da la voz común en la estimación de los hombres menos cautos.

I.

Æstimes judicia non numeres, decía Séneca.

El valor de las opiniones se ha de computar por el peso, no por el número de las almas.

Los ignorantes, por ser muchos, no dejan de ser ignorantes. ¿Qué acierto, pues, se puede esperar de sus resoluciones? Antes es de creer que la multitud añadirá estorbos á la verdad, creciendo los sufragios al error.

Si de una piedra, sin que el artífice la pula, no puede resultar la imagen de Minerva, la misma imposibilidad quedará en pié aunque se junten todos los peñascos de la montaña.

Siempre alcanzará más un discreto solo, que una gran turva de necios; como verá mejor al Sol una águila que un ejército de lechuzas.

Preguntado una vez el Papa Juan XXIII ¿qué cosa distaba más de la verdad? respondió que el dictamen del vulgo.

Tan persuadido estaba á lo mismo el severísimo Foción, que orando una vez en Atenas, como viese que todo el pueblo, de común consentimiento, levantaba la voz en su aplauso, preguntó á los amigos que tenía cerca de sí, que ¿en qué había errado?, pareciéndole que en la ceguera del pueblo no cabía aplaudir sino los desaciertos.

No apruebo sentencias tan rigurosas, ni puedo considerar al pueblo como antípoda preciso del hemisferio de la verdad. Alguna vez acierta, pero es por agena luz ó por casualidad.

No recuerdo qué sabio compara el vulgo á la Luna, á razón de su inconstancia. También tenía lugar la comparación, porque jamás resplandece con luz propia. Tulio decía: *Non consilium in vulgo, non ratio, non discrimen, non diligentia.* No hay dentro de este vasto cuerpo luz nativa con que pueda discernir lo verdadero de lo falso: toda ha de ser prestada. y aún esa se queda en la superficie; porque su opacidad hace impenetrable á los rayos el fondo.

Es el pueblo un instrumento de varias voces, que si no por un rarísimo acaso, jamás se pondrán por sí mismas en el debido tono, hasta que alguna mano sabia las temple.

Fué sueño de Epicuro pensar que infinitos átomos, vagando libremente por el aire al ímpetu del acaso, sin el Gobierno de alguna mente, pudiesen formar este admirable sistema del Orbe.

Pedro Gasendo y los demás reformadores modernos de Epicuro añadieron á ese confuso vulgo el régimen de la suprema inteligencia. Y aún supuesto ese, no se puede entender cómo, sin formas que pulan la rudeza de la materia, produzca la tierra la más humilde planta.

Poco se distingue el vulgo de los hombres del vulgo de los átomos. De la concurrencia casual de sus dictámenes á penas podrá resultar jamás una ordenada serie de verdades fijas.

Será menester que la suprema inteligencia sea intendente de la obra; ¿pero cómo lo hace? Usando, como de subalternos suyos, de hombres sabios, que son las formas que disponen y organizan esos materiales entes.

Los que dan tanta autoridad á la voz común no preveen una peligrosa consecuencia que está muy vecina á su criterio.

Si á la pluralidad de voces se hubiese de fiar la decisión de las verdades, la sana doctrina se habría de buscar en el Alcorán de Mahoma y nó en el Evangelio de Cristo. No los decretos del Papa sino los del Mustí habrian de arreglar las costumbres; siendo cierto que más votos tiene á su favor en el mundo el Alcorán que el Evangelio.

Yo estoy tan lejos de pensar que el mayor número deba captar el asenso, que antes pienso se debe tomar el rumbo contrario; porque la naturaleza de las cosas lleva que en el mundo ocupe mucho mayor país el error que la verdad.

El vulgo de los hombres, como la ínfima y más humilde porción del orbe racional, se parece al elemento de la tierra, en cuyos senos se produce poco oro pero muchísimo hierro.

II.

Quien considerare que para la verdad no hay más que una senda y para el error infinitas, no extrañará que caminando los hombres con tan escasa luz, se descaminen los más.

Los conceptos que el entendimiento forma de las cosas, son como las figuras cuadriláteras: que sólo de un modo pueden ser regulares; pero de innumerables modos pueden ser irregulares.

Cada cuerpo en su especie, sólo por una medida, puede salir rectamente organizado, pero por otras infinitas puede salir monstruoso.

Sólo de un modo se puede acertar: errar, de infinitos.

Aún en el Cielo no hay más que dos puntos fijos para dirigir los navegantes: todo lo demás es voluble. Otros dos puntos fijos hay en la esfera del entendimiento: *la revelación y la demostración*: todo el resto está lleno de opiniones que van volteando y sucediéndose unas á otras, según el capricho de inteligencias motrices inferiores. Quien no observare diligente aquellos dos puntos, ó uno de ellos, según el hemisferio por donde navega, esto es, el primero en el hemisferio de la gracia, el segundo en el hemisferio de la naturaleza, jamás llegará al punto de la verdad.

Pero así como en muy pocas partes del globo terráqueo miran derechamente las agujas magnéticas á uno ni á otro polo, sí que las más declinan de él ya más, ya menos grandes, ni más ni menos en muy pocas partes del mundo atina el entendimiento humano con uno ni otro polo de su gobierno. Al polo de la revelación sólo se mira derechamente en dos partes pequeñas: una de la América, otra de la Europa. En todas las demás se declina ya más ó menos grados. En los países de los herejes ya tuerce bastante la aguja; más aún en los de los mahometanos: muchísimo más en los de los idólatras. El polo de la demostración sólo tiene inspectores en el corto pueblo de los matemáticos, y aún ahí se padecen á veces algunas declinaciones.

Pero ¿qué es menester para girar el mundo, para hallar en varias regiones la sentencia del común divorciada con la verdad?

Aún en aquél pueblo que se llamó pueblo de Dios, tan lejos estuvieron muchas veces de ser una misma la voz del pueblo y la voz de Dios, que ni aún consonancia tuvieron entre sí. Tan presto se ponía la voz del pueblo en armonía con la divina, como se desviaba á la mayor disonancia. Propónele Moisés las leyes que Dios le había dado, y todo el pueblo responde á una voz: "cuanto Dios ha dicho ejecutarémos." ¡Oh qué consonancia de una voz con otra! Apártase el salvador del pueblo, que ponía en tono su voz, y al instante el mismo pueblo congregado, después de obligar á Aarón á que le fabricase dos ídolos, levanta la voz diciendo: que aquellos son los verdaderos dioses á quienes deben su libertad. ¡Oh qué disonancia tan horrible!

Así sucedió otras muchas veces.

Pero el caso en que pidieron rey, [illegible] mucho tiene algo de particular. [illegible] Dios, por el órgano del profeta, [illegible] á la elección de rey; pero ¡qué distante estaba la voz del pueblo de ponerse en consonancia con el órgano de Dios! Instan una y otra vez que se les dé rey; ¿y en qué se fundan? En que las demás naciones le tienen.

Aquí se notan dos cosas: la una, que siendo voz de todo el pueblo, fué errada; la otra, que no la eximió de error el ir calificada con la autoridad de todos los demás pueblos: *Erimus nos quoque sicut omnes gentes.*

La voz del pueblo de Israel se puso en consonancia con las voces de todos los demás pueblos; y la consonancia con las voces de todos los demás pueblos la hizo disonante de la voz divina.

Andaos ahora á gobernaros por las voces comunes, sobre el fundamento de que la voz del pueblo es la voz de Dios. (*Vox populi Vox Dei.*)

ANUNCIOS.

GRAN HOTEL.

Esquina frente al Palacio Nacional.

Cantina,—Billares, — Baños tibios y fríos.

Salones y cuartos á la última.—Mesa redonda y de servicio privado.

Propietario,

G. de Benedictis.

San José de Costa Rica.

TIPOGRAFÍA NACIONAL

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.